

**Revolución y Reforma:
el legado francés en la cultura
política británica (1789 -1832)**
Klaus Gallo

Klaus Gallo es Profesor e Investigador
de la Universidad Torcuato Di Tella.
Miñones 2177 (1428) Buenos Aires, Argentina.
E-mail: kgallo@utdt.edu

Resumen

El análisis del desarrollo de la política británica durante los siglos dieciocho y diecinueve ha recibido poco espacio en los libros de historia general europea. En buena medida esta carencia se debe a que los mencionados textos dan preferencia a temas como la política internacional –especialmente a las guerras desatadas durante dicho período–, al impacto de fenómenos como la Revolución Industrial o la difusión de las ideas del Iluminismo, y, muy especialmente, a narrar las diversas causas de la Revolución Francesa de 1789, con el consecuente desarrollo de los acontecimientos políticos desatados en ese país a raíz de ese episodio.

Tomando en cuenta estos factores, y contando con el valioso aporte de algunas de las más recientes contribuciones realizadas por diversos historiadores ingleses, en el presente trabajo se analiza en forma sintética la evolución de la política y de las ideas en Gran Bretaña durante el período que comprende los comienzos de la década de 1780, cuando empiezan a sentirse en ese país los efectos de las revoluciones norteamericana y francesa, concluyendo en 1832, año en que se sanciona el llamado primer «Reform Act», a través del cual se comienza a extender el sufragio a los sectores populares en ese país.

Summary

The history of the development of British politics during the eighteenth and nineteenth centuries has received little attention in the majority of publications on European history. To a certain extent this is due to the fact that these texts have generally tended to focus more on themes related with international relations –particularly the various wars that took place in the continent during that period– as well as the impact of certain social and cultural phenomena of that era, –the Industrial Revolution and the Enlightenment– and, most especially, the narration of the various causes which led to the outburst of the French Revolution and its subsequent political and social consequences.

Considering the above mentioned factors, and with the invaluable aid of some of the most recent contributions on British political history, this work aims at presenting a summary of the evolution of politics and ideas in Britain during a period that stretches from the 1780 's, when the impact of the American and French Revolutions begins to be perceived in Britain, until 1832, year that sees the emergence of the first Reform Act which, subsequently, gave way to the extension of the right to vote to the more excluded sectors of that nation society.

El análisis del desarrollo de la política británica durante los siglos dieciocho y diecinueve recibe, por lo general, poco espacio en los libros de historia europea que abarcan esos siglos. En buena medida esta carencia se debe a que los mencionados textos dan preferencia a temas como la política internacional –especialmente a las guerras desatadas durante dicho período–, al tratamiento de la evolución económica, social y cultural del continente –particularmente el impacto de fenómenos como la Revolución Industrial o la difusión de las ideas del Iluminismo–, y, muy especialmente, a narrar las diversas causas de la Revolución Francesa de 1789, con el consecuente desarrollo de los acontecimientos políticos desatados en ese país a raíz de ese episodio.

Es cierto también que, en el contexto de la circulación de libros de historia europea en el mundo hispano parlante, se tiende a priorizar la traducción de textos sobre historia francesa del período referido –en los últimos tiempos los inestimables aportes de autores como Furet, Darnton y Chartier– que se encuadran por lo general en el área de historia política y cultural. A pesar de que también se han traducido al español la mayoría de los principales aportes realizados en el campo de la historia social inglesa, esencialmente las emblemáticas contribuciones de E.P. Thompson, Rudé y Hobsbawm, como así también aquellas más recientes surgidas del área de historia cultural de ese país, destacándose aquí los últimos trabajos de Peter Burke, por algún motivo no parece haber el mismo interés por traducir al español libros de historia política británica.

Lo curioso de este desinterés es que en el último medio siglo han aparecido muy importantes contribuciones en la referida área, que resultan indispensables para comprender mejor el trasfondo político que acompañó a aquellos acontecimientos económico-sociales durante los dos siglos en cuestión. Asimismo, un buen número de los recientes aportes de historia política inglesa del dieciocho y diecinueve han aparecido en libros con formato de readers, con lo cual su publicación en español permitiría al lector entrar en contacto con los trabajos de numerosos historiadores ingleses, por más que sea en versiones más sintéticas.

El objetivo del presente trabajo, por lo tanto, es el de describir aspectos ligados a la evolución de la política y de las ideas durante un período clave de la historia de Gran Bretaña, con el apoyo, precisamente, de algunas de las más destacadas contribuciones realizadas por diversos historiadores ingleses. El período elegido arranca en la década de 1780, cuando se empiezan a hacer sentir en ese país los efectos de las revoluciones norteamericana y francesa, y tiene su punto de cierre casi medio siglo después cuando es sancionado el primer «Reform Act» de 1832, por el cual comenzó a extenderse el sufragio a los sectores más populares de la sociedad británica.

Es importante destacar que al estallar la Revolución Francesa de 1789, Gran Bretaña se encontraba inmersa en un período de recuperación económica, luego de la crisis desatada en ese país tras la pérdida de sus colonias norteamericanas en 1783. Una de las principales consecuencias de esta contingencia, fue la emergencia en el escenario político inglés de un nuevo Primer Ministro, William Pitt «el Joven», quien se impuso en las elecciones llevadas a cabo en 1784. Obsesionado por sanear cuanto antes el estado de las finanzas, Pitt procedió a sancionar una serie de reformas impositivas, destacándose en este plano su decisión de introducir el income tax, y también de impulsar políticas librecambistas –era un confeso admirador del Wealth of Nations de Adam Smith–, en el ámbito comercial, las cuales fueron generando condiciones propicias para la gradual recomposición de la economía.¹

La familia de Pitt pertenecía a la facción política de los Whigs, su padre William Pitt «the elder» también había sido Primer Ministro entre los años 1766 y 1768, y su gobierno contaba con el firme apoyo de los círculos monárquicos, de políticos que provenían esencialmente de facciones parlamentarias independientes y de las vertientes más conservadoras de los Whigs, como así también de un nutrido contingente de Tories, muchos de los cuales estaban ligados con actividades de la esfera comercial. Por lo tanto, su gobierno no era apoyado por una organizada estructura partidaria. El grupo de oposición más importante que enfrentó en el parlamento a Pitt, fue el de las facciones Whig que se alineaban detrás de tendencias políticas más liberales, aunque de raigambre netamente aristocrática, encabezadas por el carismático Charles James Fox y con el aditamento de contar en sus filas a Edmund Burke como uno de sus principales ideólogos.²

Los Whigs-liberales de Fox, o foxite Whigs como usualmente se los llamaba, venían hostigando desde tiempo atrás a Jorge III, por considerar que éste abusaba de las prerrogativas del poder real, y acusaban a su vez a Pitt de actuar en anuencia con las tendencias despóticas de este monarca. A Jorge III causaba particular irritación no sólo la acción opositora de los Foxite Whigs en el parlamento, sino también la muy estrecha vinculación personal que habían establecido miembros de esta facción, como el mismo Fox y el renombrado autor de piezas teatrales

¹ D. Raphael, *Adam Smith*, Oxford, 1985, p. 27. Para un análisis de las reformas impositivas y aspectos más generales de las políticas económicas de Pitt, ver Patrick O'Brien, «Public Finance in the Wars with France 1793-1815», en: Harry T. Dickinson (ed.), *Britain and the French Revolution 1789-1815*, Londres, 1989, pp. 165-187.

² Acerca de este singular y muy influyente político británico, no muy conocido ni citado fuera de su país, hay numerosos trabajos y biografías. La más reciente y exhaustiva, es la de Leslie G. Mitchell, *Fox*, Oxford, 1992.

Richard Sheridan, con su hijo mayor, el Príncipe de Gales y futuro Jorge IV, quien se acercaba a los opositores de su padre con evidentes intenciones de generarle disgustos. Esta situación repercutiría dramáticamente en el escenario político inglés al producirse los primeros síntomas de enfermedad mental de Jorge III, poco antes del estallido de la Revolución Francesa, que generaría inquietantes especulaciones sobre la posibilidad de tener que recurrir al Príncipe de Gales como Regente, sospechándose que en tal situación éste llamaría a Fox para formar un nuevo gobierno.³

En años anteriores este grupo había apoyado, por ejemplo, los reclamos en favor de derechos de representación de los colonos norteamericanos que desembocaron eventualmente en las luchas por separarse de Gran Bretaña; lograban además exasperar a la Corona con sus demandas en favor de proyectos de reformas administrativas, como así también por su decidido apoyo en favor de la abolición del tráfico de esclavos y su insistencia para que se les otorgue la emancipación política a los irlandeses católicos. Sin embargo, su más significativa «causa» era la reforma del sistema parlamentario, que suponía una transformación del sistema electoral inglés, por la cual se buscaba erradicar los llamados Rotten Boroughs, distritos electorales sobrerrepresentados. Estos burgos y condados constituían, según esta facción reformista, una de las más fuertes inconsistencias del sistema de representación política. Dado el sostenido nivel de desarrollo industrial y expansión urbana que venía experimentando Gran Bretaña desde mediados del siglo dieciocho, parecía un tanto paradójico que las ciudades con números de población más elevados y con fuerte concentración de industrias estuvieran, por el contrario, escasamente representadas en la esfera política. Además, Fox y sus seguidores abogaban por la introducción de una gradual extensión del sufragio que incluyera un mayor número de sectores propietarios. De todas maneras cabe aclarar que los alcances democráticos de su proyecto de sufragio eran limitados y estaba claramente circunscrito a una idea de un modelo de «sociedad Whig» cuya esencia era netamente aristocrática.⁴

Al estallar la revolución en Francia en 1789 se producirían, sin embargo, una serie de enfrentamientos en el seno de la facción Whig como consecuencia de las diferentes posturas surgidas entre sus miembros a raíz de ese evento. La más resonante disputa fue la que se dio entre Burke y Fox, que derivaría en una ruptura en la amistad entre estos dos hombres y significaría a su vez el comienzo de una serie de muy fuertes tensiones en el seno de esa facción. Para Fox el derrocamiento del absolutismo borbónico era lo mejor que podía ocurrirle a

³ Frank O’Gorman, *The Long Eighteenth Century. British Political and Social History 1688-1832*, London, 1997, pp.214-221.

⁴ Sobre este tema, véase L.G. Mitchell, *Charles James Fox and the disintegration of the Whig Party 1782-94*, Oxford, 1971.

los franceses, y hacía especial hincapié en destacar a aquellos revolucionarios que más habían luchado para que se instaura la monarquía constitucional en ese país. Se refería concretamente a aristócratas como el Conde de Mirabeau, el Duque de Orleans y el Conde de la Rochefoucauld, entre otros, algunos de los cuales eran amigos personales suyos, y quienes según él deseaban impregnarle al nuevo modelo político francés un ideario parecido al que perseguía su facción Whig en el Parlamento.⁵ Este entusiasmo con la Revolución Francesa no era compartido por su «correligionario» irlandés. Más allá de que Burke había compartido las críticas de su facción hacia el absolutismo de los monarcas borbónicos en Francia, no podía concebir la manera en que los revolucionarios franceses habían intentado legitimar su accionar. En este sentido, irritaba a Burke la excesiva invocación que se hacía a diversos textos y autores del Iluminismo, especialmente por parte de algunos publicistas del Tercer Estado durante los debates previos a la Revolución, quienes según él abusaban de una retórica cargada de formulaciones teóricas abstractas para fundamentar su accionar político. La frecuente insistencia que hacían miembros de la nueva Asamblea Constituyente en Francia para que se sancionaran leyes que estuvieran en consonancia con la esencia de los «derechos naturales», no cuadraba con su visión organicista de los estados ni con su mirada historicista respecto de la formación y desarrollo de las sociedades políticas.⁶

Como consecuencia de estas posiciones encontradas, Burke decidió separarse de los llamados Foxite Whigs decisión que motivó una serie de fuertes críticas hacia él por parte de encumbrados miembros de esa facción, como James Mackintosh y Charles Grey, quienes escribieron manifiestos criticando su postura en contra de la Revolución. Burke enfrentó estos embates escribiendo un texto titulado *Appeal from the New Whigs to the Old Whigs*, en el cual procuraba reforzar la línea crítica que debían adoptar los Whigs con relación a la Revolución Francesa.⁷

Según la visión del prestigioso historiador de las ideas J.G.A. Pocock, la línea de argumentación sostenida por Burke, comprendía también un esfuerzo por asociar el modelo Whig con la idea de *commercial society* impulsada en gran medida por el llamado *Scottish School of Enlightenment*, siempre en el contexto de un orden social aristocrático, el cual, según Burke, podría verse cada vez más amenazado por la dimensión que estaban adquiriendo en Inglaterra

⁵ L.G. Mitchell, *Fox*, op. cit., pp.108-135; F. O'Gorman, *The Whig Party and the French Revolution*, London, 1967, pp. 32-69.

⁶ Mark Philp, «The fragmented ideology of reform», en M. Philp (ed.), *The French Revolution and British Popular Politics*, Cambridge,

1991, pp. 50-77; Marilyn Butler (ed.), *Burke, Paine, Godwin and the Revolutionary Controversy*, Cambridge, 1984.

⁷ John Derry, «The Opposition Whigs and the French Revolution», en: H.T. Dickinson (ed.), *Britain and the French Revolution*, pp. 39-47.

los eventos políticos ocurridos en Francia.⁸ De todas maneras, el mismo autor plantea la necesidad de analizar con cierta cautela la «lectura francesa» que han hecho numerosos historiadores con relación a los nexos entre la Revolución y los eventos políticos ocurridos en Gran Bretaña durante la década de 1790.⁹

Cuando Burke escribió su célebre *Reflections on the Revolution in France* en 1790, su mayor fuente de preocupación, sin embargo, no eran los Whigs, sino más bien los Radicals, agrupación política extra parlamentaria, que representó uno de los principales escollos que debió enfrentar el gobierno de Pitt durante esos años. Algunos miembros de esta agrupación fueron los principales responsables de la súbita difusión de propaganda en Gran Bretaña en favor de los principales postulados de la Revolución Francesa. Un inflamado sermón del Reverendo Richard Price, muy ligado a los Radicals, en el cual comparaba en términos elogiosos el 1789 Francés con la Glorious Revolution Inglesa de 1688 fue lo que terminó de motivar a Burke para escribir su afamado libro.

LOS RADICALS, SUS SOCIEDADES Y LA REACCIÓN CONSERVADORA

El heterogéneo movimiento político comúnmente referido como Radicals había aparecido de manera incipiente en el escenario político inglés con el surgimiento de las primeras organizaciones autónomas de carácter popular, las cuales se fueron nucleando alrededor de la figura carismática de John Wilkes, el parlamentario que se rebeló contra la monarquía y buena parte del establishment político de su país durante las décadas de 1760 y 1770.¹⁰ Fue, sin embargo, durante la década de 1790 que los Radicals re-emergieron en la escena pública como consecuencia del surgimiento de organizaciones políticas compuestas esencialmente por artesanos y trabajadores, que en su mayoría residían en las ciudades con más altos niveles de desarrollo industrial. Estas facciones adhirieron fervientemente a la causa republicana que era impulsada por los partidos más extremistas de la Revolución Francesa.¹¹ Personajes de la talla de Thomas Paine, William Godwin, William Spence y el ya mencionado Richard Price, entre otros, se transformaron en los principales referentes de estos grupos a partir de su rol como publicistas de la causa revolucionaria francesa, ya sea escribiendo inflamados panfletos u organizando mítines y movilizaciones de protesta contra autoridades de go-

⁸ Véase especialmente su ensayo «The political economy of Burke's analysis on the French Revolution», en: J.G.A. Pocock, *Virtue, Commerce and History. Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*, Cambridge, 1985, pp. 193-212.

⁹ J.G.A. Pocock, «The varieties of Whiggism from exclusion to re-

form», en: *Virtue, Commerce and History*, op. cit., pp. 279-294.

¹⁰ F. O'Gorman, *The Long Eighteenth Century*, op. cit., pp. 222-226.

¹¹ John Stevenson, «Popular Radicalism and Popular Protest. 1789-1815», en: *Britain and the French*, p. 80.

bierno. Estas actitudes irían generando cada vez mayores niveles de irritación e inquietud en la Monarquía, el Gobierno y diversos sectores de la opinión pública por las explícitas invocaciones que hacían en favor del republicanismo y de la aplicación de medidas democráticas, entre ellas muy especialmente, la aplicación del sufragio universal.¹² Este clima de agitación política propulsado por diversos agitadores y organizaciones radicales, motivados por los sucesos ocurridos en Francia, ha sido descrito por E.P. Thompson como un «impulso revolucionario» que en buena medida contribuyó para que se fuera configurando una idea de clase entre los sectores de trabajadores en Gran Bretaña.¹³

Al publicarse los Rights of Man de Paine en 1791, las agrupaciones radicales fueron creciendo aún más en número, particularmente las llamadas Sociedades Correspondientes, muchas de ellas de filiación Jacobina, formadas con la idea de ir tejiendo redes de asociación con organizaciones políticas en Francia. También fueron incrementándose los actos de protesta contra autoridades regionales, como así también la organización de eventos donde se quemaban efigies de las figuras más representativas del gobierno de Pitt, lo cual iría generando un cuadro político cada vez más polarizado en el país.

Ante este avance de manifestaciones en favor de la Revolución, comenzó a percibirse un progresivo estado de paranoia en el establishment político-intelectual británico, que se iría irradiando al más amplio espectro de la opinión pública. En la medida que llegaban noticias que daban cuenta de la escalada de la violencia y el caos político en Francia, fue incrementándose el rechazo en diversos sectores de la sociedad inglesa hacia las agrupaciones radicales. Ya para principios de la década de 1790, el gobierno inglés sintió que había llegado el momento de sancionar una serie de medidas llamadas de «emergencia nacional» ante el incremento de actividades consideradas como pro revolucionarias en el país.¹⁴ Estas medidas, esencialmente destinadas a frenar una posible y muy temida expansión de ideales jacobinos, consistieron en la aplicación del Estado de Sitio, la suspensión del Habeas Corpus, la imposición de restricciones a la libertad de expresión, y la aplicación de la pena de muerte a todo aquel que atentara en contra de la Corona.¹⁵

Para 1792-93 se comenzaba a percibir, por lo tanto, un muy problemático contexto político en Gran Bretaña el cual iría eventualmente perjudicando las

¹² M. Philp, Introducción de: *The French Revolution y British Popular Politics*, pp. 1-17. Véase también, M. Butler, *Burke, Paine, Godwin*.

¹³ E.P. Thompson, *The Making of the British Working Class*, Londres, 1963, edición de 1974, p. 194; J. Stevenson, «Popular

Radi-calism and Popular Protest», p. 63.

¹⁴ F. O'Gorman, «Pitt and the Tory reaction to the French Revolution», en: *Britain and the French*, pp. 21-33.

¹⁵ M. Philp (ed), *The French Revolution and British Popular Politics*, Introducción a cargo del editor, pp. 1-17.

iniciativas reformistas que pregonaban tanto los whigs como los Radicals, ya que éstas se volverían cada vez menos apetecibles para sectores de la opinión pública británica que, en otros tiempos, pudieron haberse sentido atraídos hacia ellas. La causa reformista perdía fuerza también en la medida que no se percibía un acercamiento entre ambas agrupaciones, a pesar de las simpatías que profesaban por la revolución en Francia. Esta carencia de lazos se explicaba en buena medida por el desdén que despertaba, en un buen número de Whigs reformistas, el republicanismo populista que sustentaban los grupos radicales y, a su vez, por el rechazo que producía en sectores radicales la idea de asociarse con facciones políticas pertenecientes al establishment aristocrático por más reformistas que fueran.¹⁶

En la medida que la revolución en Francia pasaba por el terror de los jacobinos y desembocaba eventualmente en el consulado militar bonapartista, y, más aún, al entrar Gran Bretaña en guerra con ese país en 1793, se fueron incrementando los deseos en favor del mantenimiento del orden social y los niveles de adhesión patriótica. Las llamadas medidas de «emergencia nacional» dictadas por el gobierno de Pitt, a pesar de sus amenazantes consecuencias para las libertades individuales y políticas, comenzaban a tener más sentido para muchos. Pitt hábilmente aprovechó el estado de guerra y la impopularidad cada vez mayor que provocaba en su país el curso que fue tomando la revolución en Francia, para promover, entre los sectores aristocráticos y populares, un muy fuerte grado de adhesión a valores patrióticos y conservadores.¹⁷

En consecuencia, tanto los reclamos de reforma política gradual de los Whigs, como las propuestas más democráticas de los radicales, fueron literalmente «barridos» por este espíritu patriótico. Las guerras napoleónicas, a su vez, no hicieron más que reforzar esta tendencia, relegando la causa reformista de Whigs y radicales aún más. La reforma política pasaría así, a un segundo e impopular plano de la agenda política de los sucesivos gobiernos británicos durante las tres décadas venideras.

EL LUGAR DE LA OPOSICIÓN WHIG Y RADICAL DURANTE EL LENTO AVANCE HACIA LA REFORMA PARLAMENTARIA DE 1832

La orientación Tory se fue acentuando en el gobierno inglés durante el período napoleónico, y más aún con la llegada al poder de la administración de Lord Liverpool en 1812. A pesar de continuos rumores acerca de la posibilidad de la formación de un gabinete Whig debido a la enfermedad mental de Jorge III, y la

¹⁶ Austin Mitchell, *Whigs in Opposition 1815-1830*, Oxford, 1967, p. 16.

¹⁷ Para un mayor entendimiento de este tema véase, H.T. Dickin-

son, «Popular Conservatism and Militant Loyalism», pp. 104-125; y F. O'Gorman, «Pitt and the Tory Reaction», pp. 36-37, ambos publicados en *Britain and the French*.

consecuente asunción de su primogénito como Regente en 1812, las expectativas de los miembros de la mencionada facción no fueron satisfechas. Al asumir la Regencia el futuro Jorge IV desestimó cualquier posibilidad de llamar a sus antiguos amigos y asesores Whig a participar en su gobierno, y confirmó el rumbo netamente conservador de la política británica al mantener en el poder al gobierno de Liverpool.¹⁸

La decidida inserción de Gran Bretaña en el Sistema de Congresos, que administraba Metternich desde Austria a partir de 1814, condicionaba seriamente todo tipo de avance en el área de reformas políticas internas. En efecto, a través del rol protagónico que cumplió el ministro de relaciones exteriores británico, el Vizconde Castlereagh, dentro de este nuevo concierto de potencias europeas, el Reino Unido demostraba claramente sus intenciones de respetar las reglas de carácter netamente conservador, basadas esencialmente en la idea de un pleno reestablecimiento monárquico en el continente, impuestas por el Congreso de Viena.¹⁹ Esto significaba básicamente la continuación de los lineamientos fundamentales establecidos por el gobierno de Pitt, tanto con relación a su política interna como así también con la externa, percibiéndose esto en la presencia de algunos de sus discípulos confesos en el gabinete de Lord Liverpool.²⁰

Los Whigs y los Radicals seguirían confinados, por ende, a tener que realizar malabarismos desde la oposición para intentar volcar el rumbo de la corriente mayoritaria de opinión política británica en su favor. En la Gran Bretaña pos Waterloo, esta misión no sería para nada sencilla. Los Whigs se hallaban, en ese período de predominio conservador continental, muy desorganizados y divididos a partir del conflicto de intereses generados en torno a sus dos principales líderes: Lord Grey y Lord Grenville. El primero asumió el liderazgo de la línea liberal de Fox, luego de la muerte de éste en 1806, y el segundo, la línea más conservadora de Burke y del Duque de Portland. En consecuencia, la plataforma política de esta facción careció de objetivos claros y de un rumbo definido durante los años inmediatamente posteriores a 1815.²¹

A pesar de este aparente estado de estancamiento parlamentario, marcado sobre todo por la escasa acogida que recibían allí sus iniciativas reformistas, los Whigs encontrarían un eficaz vehículo para difundir los aspectos esenciales de su ideología política. La *Edinburgh Review* fue fundada en el año 1802 por algunos de los continuadores de la llamada «escuela escocesa», y su objetivo consistía

¹⁸ E.A. Smith, *Lord Grey*, Oxford, 1990.

¹⁹ El más exhaustivo estudio sobre Castlereagh y la política exterior británica durante este período sigue siendo el clásico estudio de C. Webster, *The Foreign Policy of Castlereagh*, Londres, 1908. El trabajo más reciente sobre este personaje es el de J. Derry, *Castlereagh*, 1976.

²⁰ F. O'Gorman, *The Long Eighteenth Century*, op. cit., pp. 262-263.

²¹ Sobre la labor política de los whigs durante este período ver, por ejemplo, el trabajo ya citado de A. Mitchell, *Whigs in Opposition*, y las biografías más recientes sobre los dos personajes mencionados, Peter Jupp, *Lord Grenville 1759-1835*, Oxford, 1985; y, E.A. Smith, *Lord Grey*.

esencialmente en intentar fundir los principios económicos y filosóficos de esta tradición con las ideas políticas de los Whigs-liberales de la facción de Fox.²² Esta revista se transformó asimismo en una de las más prestigiosas publicaciones orientadas a la crítica literaria, aunque esto no significara precisamente que su difusión fuera masiva. Cabe aclarar que además de la *Edinburgh Review*, comenzaron a circular hacia esa época otras publicaciones de similar perfil como la *Quarterly Review* de orientación Tory fundada por el célebre escritor Walter Scott, y la *Westminster Review* fundada por los utilitaristas Jeremy Bentham y James Mill.

El legado revolucionario francés, y su compleja relación con la defensa y administración de las libertades, era una de las temáticas abordadas en la revista. Aparecían con cierta recurrencia artículos cuyos tópicos giraban alrededor de cuáles eran las formas más idóneas de promover estabilidad y cambio político, sin que esto desembocara en las manifestaciones violentas de la Revolución Francesa. En tal sentido, autores influyentes de esta publicación como Francis Jeffrey, sostenían que era esencial recomponer la causa de la «libertad racional» tan seriamente dañada por los excesos de los jacobinos.²³ Otros autores, como John Millar por ejemplo, consideraban que un ingrediente indispensable de la «doctrina Whig», debía ser la de extender el poder político a los middling ranks, que emergían ya como un factor dominante de la sociedad inglesa de principios del siglo diecinueve. Se aclaraba, sin embargo, que esto no significaba necesariamente incorporar a este grupo social dentro de un sistema de representación parlamentaria directa.²⁴ Se puede percibir, por lo tanto, que la «plataforma» Whig de estos años, no presentaba mayores alteraciones con respecto a su proyecto de reforma política gradual de fines del siglo anterior, ni tampoco se vislumbraba un sustancial acercamiento hacia pautas más democráticas.²⁵

Estos lineamientos planteados por algunos intelectuales vinculados a las esferas Whig, coincidían en algunos puntos con el análisis retrospectivo realizado casi al mismo tiempo por diversas corrientes de pensamiento francesas que, a grandes rasgos, podrían definirse como liberales. Tales los casos de los Ideólogos y los Doctrinarios. Algunos de los principales referentes de estos grupos actuaban al mismo tiempo como miembros de las facciones de oposición dentro de la Asamblea de Francia, abocados por entonces a combatir al gobierno predominantemente ultra-realista de los restaurados monarcas Borbones a los que acusaban de querer volver a implantar una serie de pautasancien régime.

²² Esta vinculación es tratada por Bianca Maria Fontana, *Rethinking the Politics of Commercial Society. The Edinburgh Review 1802-1832*, Cambridge, 1985, pp. 25-28.

²³ Ídem, p. 16.

²⁴ Ídem, p. 43.

²⁵ A. Mitchell, *Whigs in Opposition*, op. cit., p. 10.

Intentaban, a su vez, trazar una línea divisoria entre su posición de rechazo a los excesos políticos cometidos por los distintos gobiernos durante el transcurso de la Revolución, y la imperiosa necesidad que sentían por sostener los principales valores de 1789, los cuales ahora veían amenazados por la Monarquía.

Algunos doctrinarios, como François Guizot especialmente, comenzaron a percibir más nítidamente dónde residían las principales diferencias estructurales entre el gobierno de su país y la de su admirado modelo británico. Subyacían en estos dos países, según él, diferentes pautas en los conflictos de clases y alianzas que derivaban, por lo tanto, en consecuencias políticas distintas. En Francia, por ejemplo, la alianza entre el Tiers état y la Corona contra la nobleza, significó la centralización del gobierno en el ejecutivo; mientras que en Gran Bretaña, la alianza entre la nobleza y la Cámara de los Comunes, derivó en la supremacía del legislativo.²⁶

Con un espíritu de introspección similar al de los Whigs, los Doctrinarios comenzaron a prestar cada vez más atención a los cambios sociales que se venían sucediendo en el seno de la sociedad francesa. El foco de su análisis se iría centrando en la manera que estos cambios podían afectar o modificar lo que ellos frecuentemente referían como les moeurs, o sea, las pautas morales y las costumbres que predominaban en dicha sociedad. Argumentaban en clave «burkeana» que las leyes eran, en definitiva, menos poderosas que les moeurs, y que por lo tanto no podían ser usadas exitosamente si atentaban contra ciertas tendencias sociales.²⁷ Algunos otros Doctrinarios difundían asiduamente nuevos conceptos teóricos, fundamentalmente a través de Pierre Royer-Collard, como el de la «soberanía organizada de los gobiernos libres» en preferencia a los más tradicionales preceptos ideológicos provenientes del legado revolucionario como el de la «soberanía del pueblo». Según ellos, el intento de poner en práctica este tipo de concepción ideológica, había contribuido a crear tantas confusiones, y a provocar una serie de desatinos y convulsiones internas, sobre todo, durante el período jacobino.²⁸ Guizot procuraba aclarar aún más estos conceptos relacionados con el principio de soberanía, estableciendo una distinción entre la soberanía de hecho, o popular, y la soberanía del derecho, o de la razón. La primera surgía de la necesidad de unir e integrar a la sociedad por medio de un gobierno; mientras que la segunda implicaba llegar al bien a través del conocimiento de la justicia, la verdad y la razón.²⁹

El intento de mayor aproximación, por parte de los Whigs, a los problemas y necesidades de los sectores sociales medios, luego de 1815, no significaría nece-

²⁶ Ídem, p. 164.

²⁷ Larry Siedentop, «Two Liberal Traditions», en: Alan Ryan (ed.), *Essays in Honor to Isaiah Berlin*, Oxford, 1979, p. 157.

²⁸ George Armstrong Kelly, *The Humane Comedy: Constant, Tocqueville and French Liberalism*, Cambridge, 1992, p. 18.

²⁹ Natalio R. Botana, *La Tradición Republicana*, Buenos Aires, 1984, pp. 122-123.

sariamente un mayor acercamiento a los grupos políticos más pro-democráticos o republicanos como los Radicals, ni tampoco una mayor identificación con ciertas causas «populistas». En la medida que cada vez más sectores de la población británica comenzaban a sentir los efectos de la crisis de posguerra –desempleo, suba de precios, caída de los salarios, y deterioro en las condiciones de vida en algunas de las ciudades industriales– fueron más bien figuras destacadas de los grupos radicales, como el activista político Henry Hunt y el periodista William Cobbett, los que comenzaron a agitar nuevamente a la opinión pública contra el gobierno con respecto a estas cuestiones.³⁰

Una vertiente más moderada, dentro del espectro radical-republicano de Gran Bretaña en aquellos años, podía localizarse en el seno del círculo de Utilitaristas nucleados en torno de la figura de Jeremy Bentham. Según John Dinwiddy, el radicalismo político de Bentham se fue afianzando en los años 1809-1810, período en el cual comenzó a elaborar una serie de escritos en favor de la reforma parlamentaria.³¹ A partir de entonces, Bentham abogó cada vez con mayor insistencia en favor del sistema republicano de gobierno, el cual debía consistir en una estructura unicameral democráticamente elegida, en detrimento de sistemas monárquicos o aristocráticos que, según su opinión, atentaban contra los intereses de las mayorías.³² Este afianzamiento de su postura republicana lo diferenciaba claramente de los lineamientos políticos sostenidos tanto por los Whigs como por los Tories, ya que estas dos últimas facciones de origen aristocrático, a pesar de mantener relevantes diferencias ideológicas sobre algunos temas concretos, coincidían en defender el modelo monárquico-constitucional. Cabe volver a destacar, sin embargo, que el radicalismo del filósofo inglés estaba más en sintonía con las posturas más moderadas de esta facción, inclinándose por tal motivo a referentes como Francis Place, el notorio Radical pionero del movimiento Cartista y dueño de una sastrería ubicada en Charing Cross Road, debajo de la cual se hallaba la librería que se había convertido en uno de los principales puntos de reunión de algunos de los más renombrados reformistas ingleses.

Para entonces, Place ya se estaba distanciando de aquellos Radicals con inclinaciones más extremistas, como era el caso de los publicistas Henry Hunt y William Cobbett. Place desconfiaba de los actos de violencia política en la vía pública, el llamado «London rabel», que incitaban los mencionados agitadores, y propiciaba en cambio la idea de una alianza entre artesanos y reformistas provenientes de la clase media comercial. Creía que Cobbett era demasiado

³⁰ E.A. Smith, *Lord Grey*, op. cit., pp. 207-208.

³¹ John Dinwiddy, *Bentham*, Oxford, 1989, p. 12.

³² Ídem, p. 81.

«ignorante» para comprender la necesidad de promover una alianza de este tipo entre el pueblo y la burguesía. Estas disputas entre los principales referentes del radicalismo británico acerca de cuál debía ser el *modus operandi* de su facción –exhaustivamente analizadas por E.P. Thompson en su clásico estudio sobre los orígenes de la clase trabajadora en Inglaterra– seguirían profundizándose hasta producirse la crisis del Cartismo en 1848.³³

Place se fue acercando cada vez más a Whigs reformistas como Henry Brougham, influenciado a su vez por ciertas ideas de Bentham, particularmente las referidas a sus propuestas de reformas en el sistema judicial. A pesar de las reiteradas críticas de Bentham hacia los Whigs, esto no impedía que Brougham acudiera asiduamente a recibir los consejos de dicho filósofo.³⁴ Brougham también asistía con frecuencia a Holland House, el principal reducto político-intelectual Whig regentado por Lord Holland, y escribía regularmente en la *Edinburgh Review*. Otros colaboradores de esa publicación, sin embargo, no sentían la misma simpatía hacia el utilitarismo y no reparaban en catalogar a James Mill como «jacobino» o en criticar a Bentham por sostener que sus ideas carecían de sentido común.³⁵

Más allá que el gobierno Tory de Lord Liverpool había logrado afianzarse en el poder gracias al rol decisivo desplegado por su administración durante las guerras napoleónicas, fueron justamente sus derivaciones económicas negativas las que contribuyeron a generar un inestable cuadro social entre 1816 y 1820.³⁶ Las reiteradas manifestaciones populares organizadas por trabajadores y artesanos durante este período, que se percibiría por ejemplo con la irrupción del fenómeno ludista y las violentas revueltas de Spa Fields en 1816, y «Peterloo» en 1819, son fiel reflejo de ese complicado panorama. Los serios disturbios que dieron lugar a la llamada «masacre de Peterloo», ocurrieron en la localidad de St. Peters, cerca de Manchester, provocando once muertos y cientos de heridos como consecuencia de la desmedida acción del ejército que acudió para reprimir por orden del gobierno. A raíz de este episodio, se procedió a suspender el Habeas Corpus.³⁷ Tanto los Whigs como los Radicals, denunciaron al gobierno por acudir a innecesarios e injustificados mecanismos de violencia para reprimir esa manifestación de disenso pacífico.

³³ E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*; J. Stevenson, «Popular Radicalism and Popular Protest 1789-1815», en: H.T. Dickinson, *Britain and the French Revolution*, op. cit. pp. 80-81; acerca del radicalismo británico de comienzos del siglo diecinueve véase también M. Philp (ed.), *The French Revolution and British Popular Politics*, op. cit.

³⁴ J. Dinwiddy, *Bentham*, op. cit., p. 17; R. Stewart, *Henry Brougham. His Public Career 1778-1868*, London, pp. 88-89.

³⁵ B.M. Fontana, *Rethinking the Politics of Commercial Society*, op. cit., pp. 92-93.

³⁶ Acerca de la crisis económica sufrida por Gran Bretaña durante este período, véase Francois Crouzet, «The impact of the French Wars on the British economy», en: H.T. Dickinson, *Britain and the French Revolution*, op. cit., pp. 189-209.

³⁷ E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, op. cit., pp. 734-768.

Este episodio sirvió, sin embargo, para que quedaran evidenciadas diferencias significativas entre ambas facciones reformistas, con respecto al grado de compromiso de una y otra con las clases más bajas. La decisión de Grey de moderar el tono de las acusaciones de los Whigs, y no adherirse a los Radicals en su campaña más decidida de protesta contra el gobierno corrobora en parte la anterior aseveración.³⁸ Es importante aclarar, con relación al mencionado evento, que las iniciales manifestaciones de rechazo hacia la acción del gobierno, fueron en poco tiempo aplacándose en amplios sectores de la sociedad inglesa, lo cual contribuiría a ir restaurando la confianza general en el gobierno y a ir relegando los niveles de apoyo hacia las facciones de oposición liberal y radical. Al igual que durante los tiempos de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, prevaleció en buena parte de la población inglesa la imperiosa necesidad de mantener el orden interno por sobre todas las cosas y, en este sentido, los Tories seguían apareciendo como los más aptos para implementar desde el gobierno las medidas adecuadas para cumplimentar ese fin. Este consenso por evitar a toda costa cualquier posibilidad de estallidos revolucionarios explica, en buena medida, los motivos por los cuales el gobierno de Liverpool consiguió mantenerse ininterrumpidamente en el poder hasta 1827.

Más allá de los esfuerzos de miembros del ala reformista Whig y de los Radicals por promover la reforma parlamentaria –que apuntaba esencialmente a ensanchar el derecho al sufragio– algunos sectores de la opinión pública inglesa aún desconfiaban de ellos, ya que no olvidaban la simpatía profesada por algunos miembros de estas facciones hacia la Revolución Francesa.³⁹ En consecuencia, durante buena parte de la década del veinte la política británica parecía dirigirse peligrosamente hacia el estancamiento y el conformismo. Este síntoma era percibido por los más renombrados actores políticos de la oposición como Grey, por ejemplo, que en 1824 afirmaba resignadamente:

«As dull and monotonous as anything can well be conceived to be. There is no public question which excites, no public feeling which produces any sympathy, no public prospects which can engage one in any future speculations».⁴⁰

Este estado de abulia y decepción de los Whigs con el curso de la política en su país, tenía, afortunadamente para algunos de ellos, un antídoto dentro de la esfera de debate intelectual que promovía su principal órgano de difusión

³⁸ E.A. Smith, *Grey*, op. cit., p. 217; A. Mitchell, *Whigs in Opposition*, op. cit., p. 126.

Loyalism 1789-1815», en: H.T. Dickinson (ed.), *Britain and the French Revolution*, op. cit., pp. 103-125.

³⁹ Véase H.T. Dickinson, «Popular Conservatism and Militant

⁴⁰ Citado en A. Mitchell, *Whigs in Opposition*, op. cit., p. 126.

ideológico. En efecto, durante las décadas de 1810 y 1820 aparecieron en la *Edinburgh Review* numerosos artículos de prominentes figuras del establishment político Whig como Brougham, Mackintosh y el historiador Thomas Macaulay, y también de utilitaristas como James Mill los cuales sirvieron para propiciar un enriquecedor espacio de debate intelectual. Este último, padre de John Stuart y brazo derecho de Bentham, sostenía que ciertas premisas utilitaristas, como la búsqueda por promover un mayor protagonismo de los middling ranks en la política inglesa, y la importancia de la educación popular, coincidían con algunas de las premisas Whigs.⁴¹ Los utilitaristas se identificaban también con ciertas expresiones contenidas en el vocabulario Whig, como ser, «Happiness and prosperity», «public utility», o «public good».⁴² Sin embargo, como ya se ha señalado, dentro del espectro político los utilitaristas, por lo general, se asociaban preferentemente con los radicals antes que con los Whigs. La inclinación de Bentham por una serie de reformas de tinte democrático, que no eran compartidas en aquel entonces por los Whigs, como la aplicación del voto secreto, el sufragio universal masculino, la igualación de los distritos electorales, y las elecciones anuales, era una de las más certeras evidencias de su distanciamiento con esa facción.⁴³ Este pensador consideraba que la instauración de reformas políticas de ese tenor, resultaban indispensables para lograr el objetivo esencial utilitarista, a través del cual gran parte de la sociedad podría llegar a maximizar sus niveles de prosperidad y bienestar.

Las diferencias entre estas dos corrientes, podían apreciarse más nítidamente aun en las críticas de James Mill a Whigs de la envergadura intelectual de Mackintosh y Macaulay, precisamente en las discusiones sobre la posibilidad de una eventual extensión del sufragio parlamentario. Mill apreciaba los argumentos de aquellos dos historiadores y políticos Whigs en favor de un proceso de reforma gradual, pero no podía tolerar sus justificaciones para posponer continuamente esta iniciativa.⁴⁴ Para Macaulay esta demora, en promover la extensión del sufragio, se justificaba a la luz de episodios como el de «Peterloo», ya que temía que pudieran transformarse en futuros estallidos revolucionarios, y posibles ataques contra la propiedad.⁴⁵ Para los Whigs, como hemos visto, el liberalismo político no consistía precisamente en un proceso de apertura democrática abrupta. Según ellos, la reforma gradual era indispensable en tiempos de cambios, justamente para preservar al actual sistema de poder y para que se mantengan inalteradas las leyes de propiedad y las libertades básicas.⁴⁶ En este sentido, las

⁴¹ B.M. Fontana, *Rethinking the Politics*, op. cit., p. 161.

⁴² Donald Winch, «Philosophic Whigs Versus Philosophic Radicals», en: S. Collini, D. Winch, & J. Burrow (eds.), *That Noble Science of Politics*, Cambridge, 1983, p. 107.

⁴³ John Dinwiddy, *Bentham*, op.cit., p. 82.

⁴⁴ D. Winch, «Philosophic whigs», op. cit., p. 121.

⁴⁵ Ídem, p. 124.

⁴⁶ E.A. Smith, *Lord Grey*, op. cit., pp. 327-328.

advertencias políticas de algunos de sus precursores ideológicos, como Adam Smith, reflejaban claramente esta postura:

«The violence of the party refusing all palliatives, all temperaments, all reasonable accommodations, by requiring too much, frequently obtains nothing; and those inconveniencies and distresses which, with a little moderation, might, in a great measure, have been removed and relieved, are left altogether without the hope of remedy».⁴⁷

Los utilitaristas, en cambio, parecían consustanciarse más con las argumentaciones expuestas, en este sentido, por radicales como Thomas Hardy y Francis Place, que sostenían que la propiedad no debía ser una condición sine qua non para el acceso a la educación y la participación política.⁴⁸ Por lo tanto, los utilitaristas estaban persuadidos que la introducción de una extendida reforma parlamentaria era un componente sustancial dentro del conjunto de demandas de parte de la opinión pública inglesa.⁴⁹

A pesar de este saludable clima de debate intelectual entre Whigs y radicales durante los 1820's, el debate más estrictamente político se restringía al parlamento donde no era tan sencillo exponer esas argumentaciones. En este escenario, el gobierno Tory de Liverpool era tímidamente enfrentado por los Whigs que, ante el retiro momentáneo de Grey, tenían como máximos referentes a hombres como Brougham, Mackintosh y John Russell. Para mediados de los años veinte, al margen de los reclamos por la reforma parlamentaria, los Whigs luchaban por cuestiones como la emancipación católica de los irlandeses, la abolición de impuestos aduaneros restrictivos –como las célebres corn laws–, y el reconocimiento de la independencia de las antiguas colonias españolas en América. No lograban promover progresos sustanciales, sin embargo, en ninguna de estas áreas, más allá del apoyo que suscitaban estas causas en algunos medios de prensa, como el *Morning Chronicle*, por ejemplo.

En el seno del gobierno, mientras tanto, comenzó a aparecer una corriente decididamente más liberal, la llamada facción tory-liberal encabezada por George Canning, sucesor de Castlereagh en el Ministerio de Relaciones Exteriores en 1822. Entre sus filas se encontraban hábiles políticos como William Huskisson y Robert Peel, muy afectos a la libertad de comercio y a una política exterior más alejada de los principios reaccionarios del Congreso de Viena. Se distanciaban de

⁴⁷ A. Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, Londres, 1853, pp. 179-180.

culture: an Anglo-French comparison», en: *The French Revolution*, op. cit., p. 98.

⁴⁸ Gunther Lottes, «Radicalism, Revolution and British Popular

⁴⁹ D. Winch, «Philosophic Whigs», op. cit., p. 124.

los llamados ultra-tories del Duque de Wellington, que, junto con Canning, eran las figuras con más peso dentro del gabinete.⁵⁰ El Primer Ministro Liverpool fue lentamente acercándose más a Canning, sobre todo a sus designios en política exterior, apoyando decididamente el reconocimiento de las independencias de México, Colombia, y Argentina, y amenazando con renunciar a su cargo si Jorge IV no aceptaba de una vez por todas esta iniciativa.⁵¹ Esta creciente popularidad de Canning dentro del gobierno, iba a ser confirmada en 1827, cuando fue elegido para suceder como Primer Ministro a Liverpool. Sus inclinaciones liberales en las áreas del comercio y las relaciones internacionales no eran, sin embargo, correspondidas en el ámbito de la política local y la reforma parlamentaria no figuraba en su agenda. De todas maneras, el espíritu de la política británica fue gradualmente retornando a un cauce más liberal.

Aprovechando estos cambios de aire político de fines de la década del veinte, los Whigs, reagrupados nuevamente en torno a Grey, retomaron más vigorosamente su proyecto de reforma parlamentaria. Tras la muerte de Canning, y el regreso de un ministerio netamente conservador encabezado por Wellington en 1828, la ansiada meta reformista de los Whigs comenzó a tener cada vez más adeptos entre los diversos sectores de la opinión pública inglesa. Inclusive radicales como Place y Cobbett aceptaban a esta altura, sin demasiada resignación, este proyecto de reforma política gradual whig.⁵²

El clima favorable que comenzó a emerger en favor de los whigs, permitió que este partido volviera al gobierno en 1830, después de más de veinte años de ausencia. Un factor sumamente significativo en ese sentido, fue la predisposición más favorable hacia el proyecto de reforma Whig del nuevo monarca, Guillermo IV, en comparación con la antipatía que despertaba en Jorge IV ese mismo tema.

Otro antecedente de peso, que contribuyó a reivindicar el proyecto de reforma electoral y la vuelta de los Whigs, fueron las resonantes repercusiones que tuvieron en Gran Bretaña las noticias de la Revolución Orleanista que estalló en Francia en julio de 1830. La caída de la monarquía de Carlos X, con el consecuente derrocamiento de la dinastía de los Borbones, colocaba en el trono a Luis Felipe de Orleans un viejo aliado de la facción Whig de Fox. Más aún, la gravitante participación de Doctrinarios como Guizot en dicha Revolución derivaría en una importante presencia de miembros de este grupo en el nuevo gobierno. Según Droz, con esta Revolución se producía el arribo de la Grande Bourgeoisie

⁵⁰ C.K. Clark, *Peel and the Conservative Party*, Londres, 1969, p. 41.

⁵¹ W.W. Kauffmann, *British Policy and the Independence of Latin America*, New Haven, 1951, pp. 176-179. También sobre este tema, K. Gallo, *De la Invasión al Reconocimiento. Gran Bretaña y el Río*

de la Plata 1806-1826, Buenos Aires, 1994, pp. 203-237.

⁵² G.M. Trevelyan, *A Shortened History of England*, Londres, 1987, p. 475.

⁵³ Ídem, p. 42.

al poder en reemplazo de la aristocracia.⁵³ Este cambio suscitaría un grado de enormes expectativas, entre los revolucionarios, que comenzaban a vislumbrar amplias perspectivas para que se generen condiciones más propicias para una existencia política más liberal en Francia.⁵⁴

No todo sería tan sencillo para los Whigs una vez vueltos al poder, sin embargo. El proyecto de reforma de Russell no fue aprobado por el parlamento en primera instancia, debido a la oposición en la cámara de los Loes. Fue recién después de un nuevo triunfo electoral en 1832, que los Whigs pudieron finalmente convertir en ley a la llamada Reform Act en dicho año.⁵⁵ A través de esta ley electoral, se disminuía el poder de los legendarios Rotten Boroughs, y, consecuentemente, se extendía el caudal de votantes en las grandes ciudades; se incorporaba al sufragio a todo aquel hombre que tuviera una propiedad de valor de diez libras, lo cual elevaba la población electoral de 430.000 a 800.000 habitantes.⁵⁶ El lento proceso de democratización británica del siglo diecinueve había comenzado.

Registro bibliográfico

GALLO, KLAUS

«Revolución y Reforma: el legado francés en la cultura política británica (1789-1832)», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XIV, N° 26, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre 2004 (pp. 143-160).

Descriptor · Describers

cultura política británica / siglos XVIII y XIX / revolución americana / revolución francesa / ampliación del sistema electoral
british political culture / XVIII and XIX centuries / american revolution / french revolution / electoral system enlargement

⁵⁴ Véase F. Furet, *Revolutionary France 1770-1880*, Oxford, 1999, pp. 320-329.

⁵⁵ Ídem, pp. 473-47; E.A. Smith, *Grey*, op. cit., p. 264.

⁵⁶ E.A. Smith, *Grey*, op. cit., p. 264; J. Droz, *Europe Between Revolutions*, op. cit., p. 135.